

¡MÁS!

Memorias de un matrimonio abierto

MOLLY RODEN WINTER

Traducción de Patricia Antón

gatopardo ediciones 

Título original: *More: A Memoir of Open Marriage*

© Molly Roden Winter, 2024

© de la traducción: Patricia Antón, 2025

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2025

Rambla de Catalunya, 131, 1.º - 1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre de 2025

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: © Vitsø (www.vitsoe.com)

Imagen de solapa: © Nina Subin

ISBN: 979-13-990310-3-4

Depósito legal: B-17715-2025

Impresión: Liberdúplex, S. L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Stewart

El erotismo es la nodriza
de nuestro saber más profundo.

W. H. AUDEN

NOTA DE LA AUTORA

Cuando se me ocurrió la idea de escribir este libro, consulté mis viejos diarios y me sorprendió descubrir que me había mentido a mí misma montones de veces. Comprendí entonces que llegar a una verdad más profunda que cualquiera de las que ya había puesto por escrito iba a suponer un gran trabajo emocional por mi parte. Este libro es mi intento de recuperar esa verdad.

Dicho eso, la memoria es imperfecta y las historias siempre se escriben dando preferencia a unos detalles sobre otros. Además, he cambiado la mayoría de los nombres, aunque no todos, y he modificado muchos detalles para proteger la privacidad de las personas involucradas. En ocasiones, he alterado el orden cronológico de los acontecimientos en aras de la coherencia narrativa.

Sin embargo, en general, me he esforzado al máximo por dejar constancia de (mi versión de) la verdad.

¡MÁS!

PRÓLOGO

«¿Mamá? ¿Estás ahí?»

«¿Mamá? ¿Dónde te has metido?»

«Mamá, tengo que hablar contigo.»

«Mamá, por favor, llámame.»

Cuando el vuelo procedente de LaGuardia aterriza en Houston, quito el modo avión del teléfono y veo cómo se acumulan los mensajes de texto cual naipes en un mazo.

Mensaje de Daniel, mensaje de Daniel, de Daniel, de Daniel, de Daniel...

«Mamá, ¿tenéis tú y papá un matrimonio abierto?»

Esto no es el plan A. Ni siquiera es el plan W. Esto, por decirlo suavemente, es motivo de pánico.

Recurro al procedimiento que suelo seguir cuando me enfrento a un dilema sin solución: me pongo en contacto con mi marido, Stewart.

Primero, hago una captura de pantalla de los mensajes. Debajo, escribo:

«¿Qué coño es esto? ¿Qué debo hacer?»

«Hostia», me responde. «¿Quieres que hablemos?»

Salgo tambaleándome del avión y busco a la desesperada un lugar donde serenarme, donde pueda dejar mi botella de agua y la basura del avión, poner orden en mis pensamientos y mi dignidad. Encuentro un sitio junto a la pared, flanqueado por los paneles de información de salidas y llegadas.

Stew contesta antes de que el teléfono haya sonado siquiera.

—Ay, tesoro —dice, y capto la compasión en su voz. Stew sabe qué poco me apetece tener esta conversación con Daniel y me hace una oferta difícil de rechazar—: ¿Y si lo llamo yo?

—No, me lo ha preguntado a mí. A lo mejor algún programa de televisión le ha metido esa idea en la cabeza y consigo escabullirme de alguna manera.

—Es un chico maduro. Sea lo que sea, todo irá bien. Más tarde puedo hablar yo con él también, ¿de acuerdo?

—Vale, gracias.

—Te quiero, tesoro.

Tras dieciséis años de matrimonio, después de todo lo que hemos pasado, sé en lo más hondo de mi ser que es verdad.

—Yo también te quiero. Deséame suerte.

—No necesitas suerte. Lo harás de maravilla.

Me apoyo contra la fría pared de yeso, con la maleta de ruedas hincada entre las piernas, y me dispongo a llamar a mi hijo para hablarle de mi vida sexual. La gente, en distintas escalas de sus vuelos, sigue pasando a toda prisa. Me cuesta oír, tanto por el zumbido de la sangre en mis oídos como por el bullicio del aeropuerto.

Me llevo el teléfono a una oreja y me tapo la otra con el dedo.

—Hola, Daniel. Lo siento, acabo de recibir tus mensajes. Estaba volando, acabo de aterrizar en Houston.

Mi tono es tranquilo, pero estoy temblando.

—Hola —responde. Su voz, que antes me parecía tan familiar y en la que ahora apenas asoma el tonillo agudo e infantil, me sobresalta—. ¿O sea que papá y tú tenéis un matrimonio abierto?

Así, en toda la frente.

El consejo que recibí hace varios años, cuando saqué la pajita más corta y tuve que dar clases de Educación Sanitaria en sexto de primaria, me viene a la mente en ese instante: *Primero averigua qué saben.*

—Vaya. Es un asunto peliagudo. ¿Por qué lo preguntas?

Antes de que pueda felicitar-me por tan brillante estratagema, Daniel responde:

—He visto el perfil en OkCupid de papá en su portátil y ponía eso.

—Ah. —Hago una pausa para rascarme la pantorrilla con el pie, como si así pudiera borrar el malestar que me invade. Y luego, como una tonta, contravengo el segundo principio de toda maestra de Educación Sanitaria que se precie y ofrezco información sin que me la pidan.

—Quiero que sepas algo, Daniel. Tu padre y yo somos muy felices juntos y siempre somos sinceros el uno con el otro. Entre nosotros no hay secretos.

Al otro lado de la línea, Daniel guarda silencio. Quiero creer que está felicitándose por su buena fortuna al tener unos padres tan progresistas y éticos. Y entonces suelta:

—Un momento... ¿Tú también lo haces?

Contengo la respiración. Daniel ha visto el perfil de la página de citas de Stewart, pero no ha visto el mío. Comprendo demasiado tarde que he malinterpretado la ansiedad en sus mensajes, en su recién estrenada voz de hombre. Creía que su padre me estaba poniendo los cuernos. Esta llamada era para avisarme, para proteger a su inocente madre de una traición medida en abstracciones adolescentes. Pero pensar que tu padre comete adulterio es peor que saber que tu madre se acuesta con otros hombres, ¿verdad? Ahora mismo, no estoy segura. Se me agolpan en la cabeza las innumerables formas en que un chico podría sufrir un daño irreparable al cobrar conciencia de la sexualidad de su madre.

Y luego exhalo.

Llega un momento en que tus temores simplemente se hacen realidad. Llevaba siete años temiendo este momento. O tal vez más. Quizá lo he temido desde que nació Daniel y caí en la cuenta de que algún día mi hijo crecería para verme con ojos críticos, y que entonces sabría quién soy en realidad. Pero algo así no ocurre de la noche a la mañana; caer en desgracia puede llevar su tiempo. Yo tardé muchos años en ver a mi propia madre

como una mujer imperfecta, de carne y hueso, un ser sexual y espiritual con necesidades propias que a veces eran opuestas a las de su hija.

Y en la fracción de segundo que tardo en decidir qué decirle a Daniel, si contarle la verdad o mentirle, pienso en mi madre. Me pregunto si ahora ella lo haría todo de otra manera.

Me pregunto si yo también lo haría de otra manera.

PRIMERA PARTE

Llueve a cántaros cuando Matt gira la llave en la puerta de su casa, la abre de un empujón y entra dando tumbos detrás de mí. Llevo su chaqueta en alto sobre la cabeza y, cuando la bajo, una cortina de agua cae sobre el suelo de baldosas. Estamos justo en la cocina. Su pisito no tiene recibidor ni un armario en la entrada como el de mi casa, con cuatro cubículos sin puerta.

Matt está empapado, pero aun así coge un paño de cocina y me lo ofrece.

—Estoy bien —le digo. Tiene el pelo rizado plagado de gotitas de lluvia y una que le cuelga de la punta de la nariz. En lugar de secarse, arroja el paño sobre la encimera.

Nos quedamos frente a frente en el pequeño espacio entre el horno y el fregadero. Por encima de su hombro, alcanzo a ver la cama. En cualquier momento, podría cogerme en brazos y llevarme en volandas.

El zumbido de la nevera se detiene y el repiqueteo de la lluvia adquiere presencia. Matt me observa ahora con una intensidad concentrada. Su mirada es tan firme como el centro de una llama.

—No deberíamos hacer esto —dice uno de nosotros, o quizá los dos.

Sé qué motivo tiene Matt para no hacerlo: está engañando a su novia. Pero ¿por qué no debería hacerlo yo?

«¿Qué significará esto para ti, Molly?»

Me abalanzo sobre él, hundo las manos en su espesa melena, y sus largos dedos me agarran por la cintura y me atraen.

Y entonces su boca cubre la mía. Siento el beso de otro hombre, de alguien que no es Stewart. Sabe a cerveza y noto sus labios cálidos, más suaves de lo que esperaba, más flexibles. Qué distinto de los besos de Stewart, que vienen en dos sabores: por un lado, los de hola y adiós, que duran solo un instante y se posan en mis labios como un sello de aprobación; y por otro, los besos que preceden al sexo y los que me da durante el acto en sí. Son besos que me revelan que Stew tiene el control, que lo único que debo hacer es entregarme a él, seguirlo a donde sea que nos lleve, y todo irá bien.

En el beso de Matt, capto algo nuevo: una invitación a asumir yo el control, a no esperar a que él me lleve, sino a cogerle la mano y guiarlo. Llevaba mucho tiempo esperando este momento y ahora que ha llegado me debato entre el miedo y el deseo. De hecho, es la fuerza de este anhelo, la pleamar de mi deseo, lo que más miedo me da. Abro los ojos justo cuando Matt abre los suyos, y ambos damos un paso atrás.

—Debería irme —afirmo. Lo dejo ahí, con la mirada clavada en mí, pero sin hacer el menor ademán de detenerme. «Esto depende de ti», responde con la mirada.

En la acera, la tormenta arrecia y soy incapaz de pensar. Noto el cuerpo electrizado y el agua me recorre como una corriente que me anestesia la mente. No soy más que aliento, sangre y un cúmulo de sensaciones punzantes. Pongo un pie delante del otro, despacio, muy despacio. Si consigo demorar mi vuelta a casa, podré retrasar el fin de lo que estoy sintiendo. Podré diferir la reincorporación a mi vida de madre y esposa que suena narices, friega platos y gruñe.

Me refugio bajo un toldo, saco el móvil y lo miro con cara de perplejidad. No puedo tomar esta decisión sola. Mis pulgares teclean un torrente de palabras y pulso «Enviar». Le he escrito un mensaje a Stewart y necesito que su respuesta sea más rápida que mis pies. Le he contado lo que he hecho y lo que quiero hacer y le he pedido permiso.

«¿Debería volver?»

Han pasado casi dos años desde que vi a Matt por primera vez, pero apenas recuerdo los tiempos anteriores, cuando no estaba atrapada en un torbellino constante y secreto de deseo y culpa materna.

El día en que lo conozco es como cualquier otro. Esa mañana, Stewart me dice que llegará a casa «temprano», es decir, lo bastante pronto como para encontrarme despierta, pero no lo bastante como para ayudarme a acostar a los niños.

Son las 20.47. ¿En qué planeta se considera eso temprano?

Oigo la llave en la cerradura y mi cuerpo se tensa. Ni siquiera voy a decir hola. Mi boca se niega a hacerlo.

—Tengo que airearme —declaro. Apenas lo miro, porque temo pegarle un grito, soltarle un tortazo o algo peor.

—¿Adónde vas? —pregunta, perplejo. Para él, «temprano» significa pedir cena para llevar, ver la televisión juntos y, con suerte, echar un polvo.

—A dar un paseo. —Cojo la chaqueta y las llaves—. Quiero echar un vistazo a la casa.

Salgo por la puerta antes de que él haya podido cerrarla.

En la calle, una fina niebla flota en el aire, que tiene un aroma a lilas. Lo inspiro profundamente mientras camino, con la mirada fija en los pies, mientras trato de apaciguar mi respiración y liberar la opresión en mi garganta.

—¿Molly?

Levanto la vista y reconozco a una colega maestra de lo que me parece otra vida.

—¡Kayla! —exclamo—. Perdona, no te había visto. Estaba pensando en las musarañas, supongo.

—No te preocupes. —Se acerca para darme un abrazo—. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué planes tienes para esta noche?

—Solo dar un paseo. Tenía que salir, hoy los niños me han vuelto loca.

Kayla es soltera y no tiene hijos. Más allá de las escenas de madres agobiadas que se ven en las comedias de televisión, me pregunto si tiene la menor idea de lo que le estoy contando. Pero me mira con expresión solidaria.

—¡Deberías venirte conmigo! He quedado con unos amigos en el Gate.

Me fijo en su sonrisa, en sus botas de tacón alto, su pintalabios recién aplicado y su ligero perfume. Luego reparo en mi propio aspecto. Me he peinado y me he puesto desodorante esta mañana, hará unas quince horas, pero salta a la vista que no me he duchado. Llevo una sudadera con capucha, vaqueros, zapatillas deportivas y no voy maquillada. Estoy exhausta.

Me miro y caigo en la cuenta de otra cosa.

—Me he dejado el monedero —le digo.

—No te preocupes. Te invito a una copa —dice, cogiéndome del brazo—. Vamos. Tienes pinta de necesitarla.

He pasado muchas veces por delante del Gate, empujando a Daniel y luego a Nate en el cochecito de camino al parque que hay al otro lado de la calle, pero cuando cruzo las grandes puertas de madera caigo en la cuenta de que nunca había puesto un pie dentro. Daniel nació una semana después de que nos mudáramos a Brooklyn y, en los seis años transcurridos desde entonces, obviamente, no he tenido ocasión de explorar los bares de la zona.

Mientras mis ojos se acostumbran a la penumbra, absorbo los sonidos de las conversaciones, las risas y los acordes de Pearl Jam. Aspiro el olor a cerveza y madera vieja y siento el suelo pegajoso bajo los pies. Había olvidado lo relajante que es estar en un sitio donde no se permite la entrada a niños.

A mi lado, Kayla pasea la mirada por la sala. Cuando ve a sus amigos en una mesa situada al fondo, me agarra del codo y me lleva hacia ellos.

—¡Hola, chicos! Esta es mi amiga Molly. Me la he encontrado vagando por las calles.

Al final de la mesa, dos mujeres sonríen y saludan con la mano. Aparto la silla junto a Kayla, me siento y cuelgo la sudadera en el respaldo.

—Molly, ¿eh? —oigo decir a una voz grave—. Tuve una perra que se llamaba Molly.

—Me dicen eso a menudo. —Levanto la vista para buscar al dueño de la voz. Unos ojos verdes y risueños me miran fijamente.

—Soy Matt —continúa la voz—. ¿Qué vas a tomar?

—Cerveza, ¿sabes si tienen IPA de barril? —Hago una pausa—. Pero no llevo dinero. Kayla me iba a prestar un poco.

—No te preocupes. —Matt hace un ademán para quitarle importancia a la cosa y se levanta. Es larguirucho, sin duda pasa del metro ochenta y cinco—. Marchando una IPA de barril. Ahora vuelvo. —Se encamina a la barra.

A mi izquierda, Kayla conversa con el resto del grupo. Finjo escuchar mientras mis ojos se desvían hacia la derecha, hacia Matt. Está de espaldas a mí, y me fijo en sus caderas estrechas, en lo bien que le sientan los vaqueros, en su pelo espeso y rizado, un poco rebelde en la coronilla. Antes de que mi mente tenga tiempo de procesarlo mi cuerpo reacciona ante lo que veo. Una agradable sensación primero me sube desde lo más profundo hasta el corazón, que late con fuerza, y me baja rápidamente hasta la entrepierna.

Matt se da la vuelta, con sendas cervezas en las manos, y me pillá dándole un repaso. Sonríe, y me miro las manos, posadas sobre la mesa. Tengo las uñas cortas y gruesas —llevo meses sin hacerme la manicura— y mi alianza destella bajo la luz del bar. Bajo las manos al regazo y, sin tocar el vaso, doy un sorbo a la cerveza que Matt ha dejado ante mí.

—Mmm —murmuro—. Hacía tiempo que no me tomaba una cerveza. Gracias.

—De nada —dice con una mirada divertida todavía en los ojos—. Solo por curiosidad, ¿cómo has acabado aquí? ¿Dónde te ha encontrado Kayla?

—Me he escapado del manicomio.

Se echa a reír.

—No te ofendas, pero me estaba oliendo algo así. Tienes pinta de fugitiva. —Da un sorbo a la cerveza y me mira expectante.

—Tengo dos hijos —suelto, y me arrepiento de inmediato. Ha estado bien pasar mis buenos cinco minutos sin que me vieran como una madre. Y este tipo es demasiado joven para ser padre—. Son geniales, pero a veces me vuelven loca. Nece-

sitaba aire, de modo que he salido disparada sin pensar adónde iba.

Él asiente con la cabeza.

—Lo entiendo. Bueno, no por experiencia propia, pero mi hermana tiene dos hijas. Vive en Iowa, pero las últimas Navidades pasé mucho tiempo con ella y mis sobrinas. Por eso probablemente he reconocido la expresión en tu cara.

—¿Tan evidente es? —pregunto, y noto cómo se me relajan los hombros. Temía que confesar que tengo familia abriera una brecha entre nosotros. Pero sus palabras me han tranquilizado.

—Pero no en mal sentido, en absoluto —responde—. Solo tienes pinta de necesitar que te dé el aire.

Levanto la birra.

—Brindemos por eso.

—Salud —dice Matt cuando entrechocamos los vasos.

Las horas y las cervezas pasan como un montaje de una película de los ochenta. En un fotograma, Matt celebra conmigo cuando mi dardo da en el blanco. En otro, estoy en primer plano con los chicos guais, dando una calada a un cigarrillo y acariciando al perro de alguien. Finalmente, vuelvo a la mesa y, cuando el grupo recoge sus cosas para irse, le digo a Matt:

—Te debo unas rondas. —Y luego, como un director que intenta ayudar a una actriz novata a meterse en su papel, me obligo a añadir—: Vives cerca, ¿verdad? Dame tu número y repetimos algún día.

¡Bravo!

—Te lo daré si me das el tuyo —responde—. Pienso obligarte a cumplir tu promesa.

—Oye, Kayla, ¿tienes un bolígrafo? —pregunto, y le explico a Matt—: Los profes siempre llevan un boli.

Kayla hurga en su bolso y saca uno. Me mira arqueando las cejas.

—¿Lo ves? Incluso es rojo.

Garabateo mi número en una servilleta, le paso el bolígrafo a Matt y él hace otro tanto. Kayla nos observa y luego me susurra al oído:

—Parece que al final ni he tenido que pagarte las bebidas.

La miro de reojo y respondo en susurros:

—Estoy casada, Kayla. No pasa nada.

—Si tú lo dices...

No parece muy convencida.

De camino a casa, con la servilleta del bar en el bolsillo, el aire fresco me ayuda a serenarme. Me detengo a pensar en lo que acabo de hacer. He intercambiado números de teléfono con un hombre. Más joven. Y soltero. Repaso lo que sé sobre él: es de Iowa, un estado que he cruzado en el asiento trasero de una camioneta más veces de las que puedo contar, de camino a visitar a mis abuelos maternos en Denver. Fue a la universidad con Kayla, de modo que debe de rondar su edad más o menos, ocho años menos que yo. Tiene una hermana y unas sobrinas a las que está muy unido. Trabaja en Manhattan, pero aún no sé muy bien en qué. Es divertido, dulce, sabe escuchar y está como un tren. Sabe que estoy casada y aun así quiere volver a quedar conmigo para tomar algo. Al menos eso dice. El globo que tengo en el pecho se desinfla un poco. Es probable que no vuelva a saber de él. En cualquier caso, lo he pasado en grande; de hecho, ha sido una de las mejores noches que recuerdo desde que nacieron los niños.

Los niños.

Siento la necesidad repentina de verlos: de abrazar a Daniel, de darle un achuchón a Nate. En parte, se debe a la culpa que siento por las horas que he pasado sin pensar en ellos. Pero hay algo más: adoro ser madre. Eso es cierto, bien que lo sé. Incluso en los peores tiempos, cuando los dos todavía llevaban pañales y ninguno dormía la siesta, cuando Stewart estaba en el trabajo y la idea de darme una ducha parecía un sueño lejano, solía llamar a mi madre desde la sala de estar, tumbada en el suelo. Veía cómo pasaban volando los cereales Cheerios y escuchaba los dramas épicos que se desarrollaban entre las locomotoras Diésel el Malvado y Thomas el Héroe de las Vías, y mi madre me preguntaba: «Vamos a ver, aunque pudieras, ¿te cambiarías por Stewart?». Y yo debía reconocer que no. Porque entonces echaría en falta los besos pegajosos y las triunfales cacas en el orinal,

la dicha de ver la paciencia con la que Daniel enseñaba a Nate las normas arbitrarias de sus juegos con Thomas la Locomotora. Echaría de menos los baños de burbujas y las carcajadas y las mil maneras en que la maternidad casi me hace estallar el corazón de puro amor día tras día, incluso cuando fantaseo con salir huyendo como alma que lleva el diablo.

Aprieto el paso mientras saco las llaves del bolsillo. Cuando entro por la puerta, veo juguetes, zapatos y chaquetas desparrramados por el suelo de la sala de estar, exactamente donde han caído antes. Suelto un suspiro, evito pisarlos. Mañana seguirán ahí.

Entro primero en la habitación de los niños, sin hacer ruido. Escucho su respiración y aspiro su aroma. Les doy a ambos un beso en la frente y observo sus rostros, tan expresivos incluso mientras duermen. Daniel tiene el ceño fruncido, serio como siempre. Nate, por su parte, luce una sonrisa en los labios, como si tramara un sueño lleno de travesuras.

No me sorprende ver la luz encendida en nuestro dormitorio. Stewart suele quedarse despierto hasta las dos o las tres de la madrugada y, aunque tengo la sensación de haber pasado fuera una eternidad, solo pasan unos minutos de la medianoche. Abro la puerta y lo veo sentado en la cama, leyendo una de las revistas sobre la industria musical que no paro de encontrarme por el suelo o sobre la banqueta del piano.

—Mira quién está de vuelta —dice—. Pensaba que no tardarías ni una hora. Te habría llamado, pero te has dejado el móvil. —Lo levanta a modo de prueba.

—Lo siento —contesto pasando rápidamente a su lado de camino al cuarto de baño—. Tengo que hacer pis. —Me bajo los vaqueros y me siento en la taza con la puerta abierta. Me será más fácil hablar si no tengo que mirarlo.

—¿Dónde estabas? Empezaba a preocuparme.

—Ni siquiera he llegado a la calle Diez. Me he encontrado con Kayla y hemos ido a tomar unas copas.

—¿Kayla?

—Una de mis amigas maestras. —Stewart rara vez me acompaña a los actos en la escuela, pero siento la necesidad de seguir

hablando, de modo que añadido—: No puedo creer que no la conozcas.

—Entonces, ¿quién es Matt?

—¿Matt? —repito procurando que mi tono sea despreocupado, y trato de ganar tiempo con una estratégica descarga de la cisterna del inodoro—. Fue a la universidad con Kayla. Hoy estaba en el bar con nosotras. ¿Por qué lo dices? —Salgo del baño apretando los dedos. Si empiezo a mordirme las uñas, Stew me verá el plumero.

—Te ha mandado un mensaje, hace unos minutos —responde Stewart señalando el móvil.

—¿Qué decía?

Lo abre, se aclara la garganta y baja la voz hasta adoptar un tono sexi de barítono:

—«Me ha encantado conocerte esta noche, Molly. Espero que volvamos a vernos pronto. Matt.» —Me mira, expectante.

—Como te decía, estaba en el bar con nosotras. —Me entretengo desatándome los cordones de las deportivas para evitar su mirada—. Me olvidé la cartera, de modo que he coqueteado un poco para conseguir un par de copas gratis.

—Pues parece que lo has hecho de maravilla —comenta. Noto su mirada clavada en mi rostro, que ha empezado a sonrojarse—. ¿Piensas volver a verlo?

—Claro que no —contesto, quitándome los calcetines.

—¿Por qué no?

Lo miro. Hace un montón de tiempo, pero he visto antes esa expresión.

—Pues porque estoy casada. Contigo. ¿Te acuerdas?

—Sí, me acuerdo.

—Y ahora tenemos hijos. Y Matt es joven y soltero y seguro que no tiene interés en mí.

—Pues yo diría que sí. —Me observa mientras me desabrocho el sujetador. Ver su mensaje me ha puesto como una moto, la verdad.

Me detengo a pensar en eso. Antes de tener hijos, Stewart y yo echábamos tres polvos por semana, y a veces incluso tres

al día. Últimamente caen dos al mes, con suerte. Mejor dicho, con suerte para él. Por mi parte, como si cumpliera con todos los clichés que he oído sobre el sexo en el matrimonio, estoy demasiado cansada para tener ganas. Para mí, ahora es un deber conyugal más. Y Stew lo nota. En respuesta, prueba con otras estrategias, intenta hacer cosas nuevas, besarme o lamerme de otra manera, inmovilizarme o meterme un dedo en el culo. Pero yo solo quiero echar un polvo rapidito, un método de probada eficacia para alcanzar un orgasmo mutuo que me permita dormir unas preciosas horas antes de oír los llores de Nate.

—Cielo, me alegra que estés disfrutando con esto, pero no va a pasar.

—No estoy de acuerdo —responde, mientras me meto en la cama—. Pasará si tú quieres que pase. Lo he decidido.

—¿Qué has decidido?

—Que puedes volver a salir con él, siempre y cuando me lo cuentes todo. —Me atrae hacia sí, se acurruca haciéndome la cucharita y me besa en la nuca.

Esa noche, tendida a su lado, no consigo dormir. Mi cabeza no para de ir de Matt a Stew y viceversa.

Espero que volvamos a vernos pronto.

Puedes salir con él... siempre y cuando me lo cuentes todo.

Recuerdo una conversación que mantuvimos antes incluso de comprometernos. El tema era el número de parejas sexuales que habíamos tenido cada uno y la enorme diferencia entre mi cifra y la suya. Yo había tenido cuatro; él, docenas. Entonces Stew hizo una predicción. Qué improbable y peligrosa me había parecido en aquel momento.

—Espera y verás —me dijo. Se parecía mucho a mi amor platónico, el tenista Andre Agassi, con esa cabeza redonda y calva y esos ojos color avellana, inocentes pero traviesos—. Dentro de diez años, verás a un tipo y te preguntarás cómo sería follar con él. Y a mí no me importará. Bastará con que me lo cuentes.

A eso hemos llegado. Diez años después.